



Ramón López Velarde

Don de febrero

Soy deudor a febrero de un singular espectáculo: el de una alma femenina que, frente a mi isla de meditación, sufre los embates de locos vientos, sobre el mar, sobre las selvas, muy arriba...

Y tal espectáculo me reconcilia con el pobre febrero, mes equívoco que se disputan la persistencia de la nieve y el asomar de las rosas. Febrero me es grato por la primera vez.

Esta mujer, cuya alma se sacude en un torbellino superior, escribe con una despreocupación familiar que desdeña las retóricas y con una alteza de visionaria. Sus manuscritos revelan, desde la primera línea, un anhelo despótico de cosas perennes y una fiera intensidad. Escribe, con mayúsculas absolutistas, Verdad y Vida. Se va de la tierra en fugas de éxtasis y, suspendida en el azul cenit, las tardes se fatigan mirándola vibrar en apetitos sobrehumanos, angustiarse por el sumo saber y torturarse con una tortura cósmica. Yo la tendría por una infanta medioeval si no hiciesen contraste con su severidad aristotélica una inquietud contemporánea y un panteísmo prolijo.

No sé por qué amable fatalismo me ha concedido febrero el don de distinguir, desde mi isla de rumores iniciales, sobrias fuentes y arboleda parca, el alma que, como un punto de plata náufrago en la inmensidad vespertina, es llevada y traída por vientos contrarios, y que paga así su afán mitológico de enclavarse en el Zodíaco, igualando la soberanía del León o la radiosa compostura de la Virgen. No sé cómo la niebla de mi meditación, eficaz para arropar la colina, el agua y la arboleda insulares, no lo ha sido para impedirme ver el alma femenina que, sobre el océano, se desgarrá queriendo hallar la síntesis del pensamiento y la cifra de la pasión, para sustentarlas, sobre su mano morena y pálida, como joyas gemelas.

Sólo sé que estas horas de febrero en que los dioses, indulgentes o irónicos, me otorgan mirar cómo sangra un espíritu en las alturas, son horas que se irisan con un matiz sentimental, con el rosado matiz que la gota de sangre de un ideal martirio, al ir

cayendo, diluyese en la atmósfera. Y en esta atmósfera me recojo, como dentro de una vasta piedra preciosa, a gustar, con la emoción de los primeros simbolistas, el acto escénico de la doncella del cenit.

Si no temiera que alguna gaviota me comentase con un grito cómico, yo diría a la doncella del cenit, entre galante y doctoral: «Frente alucinada, pupila fantasmagórica, rostro desteñido en tenaces desvelos, corazón pávido: la sabiduría no es para nosotros un hallazgo, sino una fatalidad; lo eterno, sin que lo persigas, vendrá sobre ti. Saborea con quietud la uva de cada momento, sin cuidarte de las viñas bíblicas ni de los racimos ontológicos. Abandona la eminencia vertiginosa en que sangras y gimes, y si quieres seguir copiándote en un espejo de agua, desciende a sentarte en el brocal de un pozo de provincia. Estos pozos provincianos han reproducido, en su fondo de paz y de refrigerio, el peinado de tirabuzones de nuestras abuelas, los ojos curiosos de los rapaces, los cuellos de los corceles favoritos sueltos en el patio, el cántaro con su cuerda, la maceta con sus tallos curvos y sus flores invertidas... Generaciones y generaciones de mujeres sencillas han mantenido su equilibrio interior escuchando el consuelo de cristal y la promesa fluida que suben de un pozo».

Pero mi voz ni siquiera llegará a Ella, y desde mi isla meditativa, la miraría perderse en un huracán de metafísica, sobre la selva erizada y el ponto bravío.

28 de febrero de 1915

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario